

Pero Vos, Señor, que salváis a los que esperan en Vos, libradnos, para que él se desespere con nuestra victoria, y Vos seáis por ella glorificado.

CAPITULO 18

De los beneficios inestimables de Dios.

Mas yo, Señor librador mío, entregado del todo a vuestra poderosa mano, de lo íntimo de mi corazón, con esta mi pobre confesión y reconocimiento, os alabaré, y me acordaré siempre de todas las mercedes que me habéis hecho por todo el discurso de mi vida, desde el punto en que nací. Porque sé que os desagrada mucho la ingratitude y que ella es la raíz y fundamento de todos los males espirituales, y un viento cierzo y abrasador de todo lo bueno, que cierra la fuente de la divina misericordia, y hace que los males ya muertos resuciten, y las obras vivas mueran y no sean más de provecho. Por tanto, yo,

Señor, por no ser desagradecido a Vos, mi libertador, os daré gracias por haberme librado.

¿Cuántas veces me había ya tragado aquel dragón infernal, y Vos me sacasteis de su boca? ¿Cuántas vecesiqué y él estaba a punto para tragarme, y Vos, Dios mío, me defendisteis? Cuando yo hacía mal, cuando quebrantaba vuestros mandamientos, estaba este dragón aparejado para arrebatarme y llevarme a los infiernos, y Vos se lo estorbabais. Yo os ofendía, y Vos me defendíais; yo no os temía, y Vos me guardabais; de Vos me apartaba y entregábame a mi enemigo, y Vos le espantabais para que no me tomase. Estos beneficios, Señor Dios, me hacíais, y yo, miserable, no los conocía. Porque muchas veces me habéis librado de las uñas de Satanás y de la boca del león, y me habéis sacado del infierno sin yo saberlo; bajado he hasta las puertas del infierno, y Vos me tuvisteis para que no entrase en él.

También me habéis librado muchas veces de la muerte del cuerpo, cuando

las enfermedades graves me apretaban, y de otros muchos peligros por mar y por tierra, de fuego y de cuchillo, estando Vos siempre presente y salvándome con vuestra misericordia. Porque bien sabíais Vos, Señor, que si en aquel tiempo yo muriera, me fuera derecho al infierno, y perpetuamente fuera condenado; pero vuestra misericordia me previno, y me libró de la muerte del cuerpo y de la muerte del alma.

Estos y otros muchos beneficios me hicisteis, y yo era ciego y no los conocía, hasta que me alumbrasteis. Mas ahora, ¡oh luz de mi alma!, Dios y Señor mío, vida mía, por la cual vivo, y lumbre de mis ojos, por la cual veo; ya me habéis alumbrado, ya os conozco, ya sé que vivo por Vos; yo os hago gracias, aunque viles y pobres, y desiguales a vuestros beneficios, pero las que mi flaqueza os puede ofrecer. Vos solo sois mi Dios y mi benignísimo Criador, que amáis nuestras almas, y ninguna cosa aborrecéis de las que criasteis. Heme aquí, el mayor de los pecadores que habéis sal-

vado, para que sea ejemplo a todos de vuestra inmensa piedad.

Yo confesaré, Bien mío, mientras que viviere, vuestros beneficios, y que me habéis librado de lo más profundo del infierno una, y dos, y tres, y ciento, y mil veces, y que yo siempre por mis pasos contados me iba al infierno, y Vos siempre me deteníais; y si hubierais querido, con mucha justicia mil veces me pudierais condenar. No quisisteis, porque amáis las almas, Señor Dios mío, y disimuláis los pecados de los hombres, aguardándolos a penitencia. Ahora, pues, Señor, veo todo esto, y conozco por vuestra lumbre esta vuestra gracia y misericordia, y considerándola desfallece mi alma, pues la librasteis del infierno y le restituisteis la vida. Todo estaba muerto, y todo me resucitasteis, para que todo lo que yo viviere sea vuestro, y todo me ofrezco a Vos: todo mi espíritu, todo mi corazón, todo mi cuerpo, toda mi vida viva para Vos, ¡oh vida mía dulcísima!, pues todo me librasteis para poseerme todo, y todo

me reparasteis para que t^odo fuese vuestro. Ámeos yo, pues, Señor, virtud mía; ámeos yo, alegría inefable de mi alma, y viva, ya no a mí, sino todo a Vos, pues habiendo perecido por mi miseria, fui resucitado por vuestra misericordia.

Por tanto, Señor Dios y santificador mío, mandasteis en vuestra ley que yo os amase de todo mi corazón y de toda mi alma, y con todo mi entendimiento, y con toda mi fortaleza y todas mis fuerzas, y de lo más íntimo de mis entrañas, en todas las horas y momentos que yo gozo de vuestra misericordia. Porque siempre perecería, si Vos no me guardaseis; siempre moriría, si Vos siempre no me dieseis vida; y así, a cada momento me obligáis, porque a cada momento me hacéis nuevos beneficios. Pues así como no hay hora ni punto de tiempo en toda mi vida en el cual yo no reciba algún beneficio vuestro, así no debe haber momento en el cual yo no os tenga presente en mi memoria, y no os ame con toda mi fortaleza. Pero esto no lo puedo yo hacer, si Vos no me lo dais,

cuyo es todo don bueno y perfecto; y no está en la mano del que quiere, ni del que corre el amaros, si Vos no se lo dais por vuestra misericordia. Vuestro es, Señor, este don, cuyo es todo lo bueno. Vos mandáis que os amemos; dadnos lo que nos mandáis y mandadnos lo que quisieréis.

CAPITULO 19

Del fervor de la caridad.

Yo os amo, Dios mío, y deseo siempre amaros más; porque Vos sois más dulce que la miel, más suave que la leche, y más resplandeciente que la luz; y así os quiero más que al oro y que a la plata, y que a todas las piedras preciosas.

Todo lo que yo hacía en el siglo me desagradaba, acordándome de la dulzura y hermosura de vuestro palacio real.

¡Oh fuego que siempre ardes, y nunca te apagas!, ¡oh amor que siempre

hierves, y nunca te entibias!, enciéndeme; sea yo abrasado de ti, para que todo te ame; porque poco te ama el que contigo ama otra cosa, que no ama por ti.

Ámeos yo, Señor, porque Vos primero me amasteis. ¿Con qué palabras podré yo declarar las señales del amor entrañable que Vos habéis usado para conmigo, y los innumerables beneficios con que desde la primera hora de mi vida hasta esta presente me habéis sustentado?

Porque no contentándoos de haberme criado a vuestra semejanza, y sacádome de la nada, y haberme levantado sobre las criaturas insensibles y sobre los que tienen sólo sentido y los brutos animales, y haberme ennoblecido con la lumbré de vuestro rostro, y hecho poco menor que los Angeles; cada día me habéis hecho otros beneficios singulares y maravillosos sin cesar. Y como si yo fuera un hijo vuestro pequeñuelo y tiernecito, así me habéis dado los pechos de vuestro consuelo, y criádome y esforzá-

dome con vuestra leche ; y para que yo todo os sirviese, todo lo que habéis hecho lo habéis sujuzgado a mi servicio.

CAPITULO 20

Cómo Dios sojuzgó todas las cosas al servicio del hombre.

Todas las cosas, Señor, habéis sojuzgado debajo de los pies del hombre, para que él estuviese solo y todo sujeto a Vos ; y para que el hombre fuese todo vuestro, le hicisteis señor de todas vuestras obras. Todas las cosas exteriores criasteis para el cuerpo, y el cuerpo para el alma, y el alma para Vos, para que a sólo Vos sirviese, a Vos sólo amase, de Vos sólo gozase, y de las cosas bajas se aprovechase para su servicio. Porque todo lo que hay debajo del cielo es menos noble que el alma racional ; la cual Vos criasteis para que poseyese el Sumo Bien, y con la posesión de Él fuese bienaventurada. Si a

este Bien se allegare, sojuzgando todas las necesidades y miserias de estos bienes temporales, vendrá a ver aquella cara serena de vuestra inmortalidad, la cual ahora va rastreando por espejos y figuras; mas después gozará de aquellos bienes eternos en la casa del Señor, en cuya comparación todas estas cosas visibles son reputadas como nada.

Aquellos bienes son tan grandes, que no los ha visto ojo, ni oreja los ha oído, ni el corazón del hombre puede comprender lo que Dios tiene aparejado para los que le aman. Estos bienes, Señor, habéis de dar al alma, y con ellos cada día alegráis las almas de vuestros siervos, como amador suavísimo de ellas. Y ¿qué maravilla es, Señor Dios mío, que Vos hagáis esto, pues con ello honráis vuestra imagen y aquella vuestra semejanza, a la cual nos criasteis.

Porque aun a este nuestro cuerpo, con ser corruptible y vil, le habéis dado que vea la claridad del cielo, la cual nos reparten el sol y la luna, que son vuestros ministros, y nunca se cansan de

dar vueltas al cielo, y de día y de noche envían su luz para nuestro servicio, porque Vos se lo mandáis.

Habéis dado al cuerpo un aire puro, para que respire; mucha variedad de sonidos, para que oiga; la suavidad de los olores, para que huelga; la diferencia de sabores, para que guste; y la corpulencia y tomo de las cosas, para que toque. Habéisle dado las bestias de carga para sus necesidades; las aves del aire, y los pescados de la mar, y los frutos de la tierra para su sustento. Habéis criado muchas substancias medicinales para sus dolencias y para cada mal le habéis aparejado su particular remedio y consuelo; porque sois misericordioso y benigno, y conocéis la masa de que somos compuestos, y que todos somos como un poco de barro en vuestras manos.

CAPITULO 21

Que de la consideración de los bienes temporales se entiende la grandeza de lo que Dios tiene aparejado para el alma.

Abridme, Señor, abridme vuestra grande misericordia, y alumbradme más con vuestra luz, para que esta misma misericordia se abra y se me descubra más; porque por estas cosas mínimas comprendemos las grandes, y por las visibles subimos a las invisibles, y venimos a entender algo de Vos.

Porque, Señor mío, si Vos nos hacéis tantos y tan grandes beneficios para sustentar y recrear este nuestro cuerpo vil y corruptible, y el cielo y el aire y la tierra y la mar, la luz y las tinieblas, el calor y la sombra, el rocío, y los vientos y la lluvia, las aves y los peces, los animales y las plantas, las hierbas y la variedad de todas las cosas

que se crían en la tierra, y, en fin, todas vuestras criaturas a sus tiempos sucesivamente nos sirven y nos regalan, ¿cuán grandes y cuán innumerables serán aquellos bienes que habéis aparejado a los que os aman, en aquella celestial patria donde os veremos cara a cara? Si aquí en esta cárcel nos proveéis con tanta abundancia, ¿qué haréis en ese vuestro palacio real?

Y si son tantos y tan deleitosos los bienes que comunicáis a los buenos y a los malos indiferentemente, ¿qué tales serán aquellos que para sólo los buenos y siervos vuestros habéis guardado? Si son tan varios y casi infinitos los dones que repartís a vuestros amigos y enemigos, ¿cuán grandes, cuán innumerables, cuán dulces y gustosos serán los que daréis a solos vuestros amigos?

Y si en este día de lágrimas nos consoláis tanto, ¿qué haréis en el día regocijado de las bodas? Y si esta cárcel está tan llena de deleites, ¿cuál estará la patria?

No hay ojo que pueda ver, Señor, lo

que Vos habéis aparejado a los que os amar, si Vos mismo no se lo descubris y reveláis. Porque a la medida de vuestra magnificencia es la de vuestra dulzura y de lo que Vos tenéis guardado para los que os temen. Porque Vos sois, Señor Dios mío, grande e inmenso, y vuestra grandeza no tiene fin, ni vuestra sabiduría número, ni vuestra benignidad medida, y el galardón y gloria que tenéis aparejada para vuestros hijos no se puede explicar ni comprender. Mas como Vos sois grande, así son grandes vuestros dones; porque Vos mismo sois el premio y la corona de todos vuestros legítimos caballeros que valerosamente pelean debajo de vuestra bandera.

CAPITULO 22

*Que la divina suavidad templa la
amargura de la vida presente.*

Estos son vuestros grandes beneficios, Señor Dios y santificador de todos los

santos, con los cuales habéis de llenar y hartar la pobreza de vuestros hijos hambrientos. Porque Vos sois esperanza de los desesperados, y consolación de los desconsolados, y corona de gloria de todos los que vencen. Vos sois hartura eterna de los que tienen hambre, y consolación sempiterna, que se da a aquellos solos que, por recibirla, menosprecian la consolación de este mundo. Porque los que en esta vida tienen su consuelo, son indignos del vuestro; y los que aquí son afligidos, de Vos son consolados; y los que participan de las tribulaciones, participan también de las consolaciones. Pues no es posible tener contento en esta vida y en la otra, ni gozar aquí y allá; mas es necesario que el que quisiere poseer lo uno, pierda lo otro.

Considerando yo esto, Señor y consolador mío, no quiero ni deseo consolación en esta vida, para merecer ser de Vos consolado con consolación eterna. Porque muy justo es que os pierda a Vos, el que quiere ser consolado en al-

guna otra cosa más que en Vos. Por tanto, yo os suplico, Señor, por Vos mismo, que no permitáis que en ninguna cosa yo me consuele, sino que todas las cosas me sean amargas, y Vos solo seáis dulce para mí, que sois dulcedumbre inestimable, por la cual todas las cosas amargas se hacen dulces.

Porque ésta vuestra suavidad hizo suaves las piedras a Esteban, y las parrillas a Lorenzo, y los azotes a vuestros Apóstoles, cuando *iban gozosos porque eran afrentados y padecían por vuestro nombre*. Andrés iba seguro y alegre a la cruz, porque en ella estaba escondida vuestra suavidad, la cual de tal manera embriagó a los príncipes de los Apóstoles, que el uno no temió ser crucificado, y el otro descabezado por ella. Por gustar esta dulzura, Bartolomé se desnudó de su propio pellejo, y Juan, con mucha alegría, bebió el vaso de ponzoña.

Habiendo Pedro gustado esta dulzura, olvidado de todas las cosas, y como tomado del vino, clamó y dijo: *Señor*

bueno es que nos estemos aquí; hagamos aquí tres tabernáculos en que habitemos, y aquí os contemplemos, porque no tenemos necesidad de más; basta, Señor, veros, basta que estemos hartos de vuestra suavidad. Una gota de esta dulzura había gustado Pedro, y luego le vino en fastidio cualquiera otra dulzura. ¿Qué hubiera dicho si hubiese bebido de aquella corriente y plenitud de la suavidad de vuestra divinidad, la cual tenéis guardada para los que os temen?

También había gustado de esta vuestra inefable dulzura aquella virgen de la cual leemos que iba con grande alegría y regocijo a la cárcel, como si fuera a bodas.

Esta misma suavidad pienso yo que había gustado el que decía: *¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de vuestra dulzura, que tenéis guardada para los que os temen!* Y en otro lugar: *Gustad y ved que el Señor es suave.* Esta es aquella bienaventuranza que esperamos de Vos, Señor, por la

cual continuamente peleamos, y cada día y cada hora nos mortificamos por vuestro amor para vivir con Vos en vuestra vida eterna.

CAPITULO 23

Que toda la esperanza y deseo de nuestro corazón debe estar en Dios.

Mas Vos, Señor, esperanza de Israel, a quien suspira continuamente nuestro corazón, daos prisa y no tardéis; levantaos y venid con pasos apresurados a librarnos de esta cárcel, para que alabemos vuestro santo nombre y nos gloríemos en vuestra luz. Abrid vuestros oídos a las lágrimas y clamores de estos vuestros hijuelos, que os dicen: Padre nuestro, dadnos hoy nuestro pan de cada día, para que, esforzados con este mantenimiento, podamos caminar de día y de noche, hasta que lleguemos a vuestro santo monte Oreb. Yo soy un pequeñuelo y pobrecito entre los meno-

res de vuestra familia; pues ¿cuándo vendré y me presentaré delante de vuestra faz, para que, así como ahora os alabo a tiempos, allí os alabe eternamente? ¡Qué bienaventurado seré si yo fuere admitido a ver vuestra claridad! ¿Cuándo vendrá aquella hora? ¿Quién me hará esta merced?

Yo sé bien, Señor, bien lo sé y lo confieso, que soy indigno de entrar en vuestra casa; mas Vos lo habéis de hacer para ser glorificado en mí, y para no confundir y hacer vana mi esperanza. Porque ¿quién podrá entrar en vuestro santuario para contemplar vuestras maravillas, si Vos no le abris? ¿Quién le abrirá, si vos le cerráis la puerta? Porque si Vos derribáis, no hay quien pueda edificar, y si encerráis al hombre, no hay quien le abra. Si detuviereis las aguas, todo se secará; si las soltareis, todo se anegará. Si quisierais volver a su nada todo lo que habéis criado, ¿quién os contradirá? Sólo vuestra sempiterna bondad y misericordia es la que ha hecho todo lo

que Vos habéis querido; Vos nos hicisteis, que sois hacedor de todas las cosas. Vos nos criasteis, pues no nos menospreciéis; tenednos de vuestra mano, pues somos obra vuestra y un poco de lodo, y unos gusanillos viles, que no podemos entrar en esas vuestras moradas eternas, si Vos mismo, que de nada nos criasteis, no nos encamináis.

CAPITULO 24

Que toda nuestra salud nos viene de Dios.

Pero yo, Señor, que soy obra de vuestras manos, os alabaré con santo temor, y confesaré que mi esperanza no está en mi arco, ni mi espada es bastante para salvarme, sino sola vuestra diestra y vuestro brazo, y la lumbre de vuestro rostro divinal; y si esto no fuese, yo desesperaría. Mas mi esperanza sois Vos que me criasteis, y no desam-

paráis a los que esperan en Vos; sois suave y paciente, y disponéis todas las cosas con misericordia. Si pecamos, somos vuestros, y si no pecamos, somos vuestros, porque Vos queréis que lo seamos. Nosotros de nuestra parte no somos sino como la hoja y vanidad, y toda nuestra vida es como un poco de viento. No os enojáis si nosotros, pobrecitos, caemos, pues tan bien conocéis la flaqueza de nuestra naturaleza.

Siendo Vos, Señor Dios, de inestimable fortaleza, ¿queréis acaso demostrar vuestro poder contra una hoja que se la lleva el viento, y perseguís a una paja seca? ¿Queréis Vos, por ventura, Rey eterno de Israel, condenar a un perro muerto o a una pulga? De vuestra misericordia habemos oído que Vos no hicisteis la muerte, ni os holgáis en la perdición de los que mueren. Pues, Señor, humildemente os suplicamos que no permitáis que lo que Vos no hicisteis, señoree y se apodere de esta criatura que Vos hicisteis. Porque si es verdad que Vos os doléis de nuestra

perdición, ¿quién os puede estorbar que no os alegréis siempre de nuestra salvación?

Si Vos queréis me podéis salvar, y yo, aunque quiera, no puedo sin Vos; porque tengo muchas miserias y flaquezas dentro de mí, y aunque tenga la voluntad, no hallo manera para cumplirla. Yo no puedo querer el bien si Vos no queréis, ni puedo cumplir lo que quiero si Vos no me confortáis, y lo que puedo, algunas veces no lo quiero si no es por vuestra voluntad; y no sé lo que quiero y puedo, si no me alumbrá vuestra luz; y aunque lo sepa y lo quiera y pueda, toda mi sabiduría es imperfecta y vana, si no es favorecida de vuestra verdadera sabiduría. Así que todas las cosas están puestas en vuestra voluntad, y no hay quien la pueda resistir, porque sois Señor del universo y príncipe de todos los hijos de Adán, y lo que Vos queréis, luego es hecho en el cielo, y en la tierra, y en la mar, y en todos los abismos.

Hágase, pues, Señor, en nosotros vues-

tra voluntad, pues nos habéis dado vuestro conocimiento; y no perezca esta obra de vuestras manos, que Vos criasteis para vuestra honra. ¿Qué hombre hay, nacido de mujer, que viva y no vea la muerte, si Vos sólo no le libráis, que sois Vida vital dadora de toda la vida, por la cual todas las cosas viven?

CAPITULO 25

Que la voluntad del hombre no es eficaz para obrar bien sin la divina gracia.

Ya he confesado, Señor Dios mío, mi miseria. Algunas veces esperaba yo en mi virtud, que no era virtud; y cuando yo quería correr, y pensaba que era más fuerte, entonces caí más, y queriendo ir adelante, volví atrás, y lo que yo pensaba alcanzar huía más lejos de mí. Con semejantes experiencias me habéis hecho conocer mis pocas fuerzas; mas ahora que me habéis alumbrado, co-

nozco que cuanto más pensé que podía, tanto siempre menos pude. Yo decía: Esto haré, aquello acabaré; y no hacía esto ni aquello. Algunas veces tenía voluntad, y faltaban las fuerzas; otras tenía fuerzas y faltaba la voluntad, porque confiaba de mis fuerzas.

Mas ahora yo confieso, Padre y Señor mío, que no hay hombre que pueda confiar en su fortaleza, ni gloriarse sino vanamente en su brazo. No está en la mano del hombre querer lo que puede, o poder lo que quiere, o saber lo que quiere y puede; mas todos los pasos e intentos de aquellos hombres que conocen que no se pueden gobernar por sí y que es necesario que sean enderezados por Vos, Vos los guiáis y encamináis. Por tanto, os suplicamos por las entrañas de vuestra misericordia que queráis salvar los que criasteis; pues si queréis nos podéis salvar, y de vuestra voluntad depende nuestra fortaleza y nuestra salud.

CAPITULO 26

Esperanza de ser predestinado.

Acordaos, Señor, de vuestras antiguas misericordias, con las cuales desde el principio, antes que yo, hijo de tu sierva, naciese, me prevenisteis con las bendiciones de vuestra dulzura, aparejándome los caminos en que anduviese y por donde llegase a la gloria de vuestra casa. Antes que me formaseis en el vientre de mi madre me conocisteis, y antes que saliese de sus entrañas teníais ordenado de mí lo que plugo a vuestra Majestad.

Yo no sé lo que Vos tenéis escrito de mí en vuestro libro y en el secreto de vuestro consistorio, y por eso temo mucho; pero Vos lo sabéis, porque lo que yo estoy aguardando por el discurso de los días y de los tiempos de aquí a mil años, ya en vuestros ojos y en vuestra eternidad está hecho; y lo que ha

de ser, ya es hecho delante de Vos. Mas yo, que estoy en esta noche oscura y tenebrosa, y no sé lo que ha de ser, temo y tiemblo, porque me veo cercado de innumerables peligros, y perseguido de muchos enemigos, y apretado de muchas miserias en esta vida; y si vuestra ayuda en tantos y tan graves males no me sustentase, yo desesperaría. Mas yo tengo grande esperanza en Vos, benignísimo Príncipe y Dios mío, y la consideración de vuestras infinitas misericordias me alienta; y las señales y prendas que tengo de lo que habéis hecho conmigo antes que yo naciese y ahora hacéis, me dan gran confianza de lo que habéis de hacer para adelante, y me anima para que aguarde de vuestra benignidad aquellas dádivas perfectísimas y divinas que tenéis reservadas para vuestros amigos, para que con ellos, Señor Dios mío, mi alma se alegre y goce en Vos.

CAPITULO 27

Los Angeles acuden a nuestra guarda.

Amásteme, ¡oh Amor mío eterno!, antes que yo os pudiese amar; y con ese dulcísimo amor me creasteis a vuestra semejanza, y me hicisteis señor de todas vuestras criaturas. Esta es gran dignidad, la cual yo conservo cuando conozco a Vos, pues para Vos me hicisteis.

Y sobre todo esto me habéis dado aquellos soberanos espíritus para que sean Ángeles y guardas y defensores míos, y en todos mis caminos me acompañen, para que no tropiece ni caiga. Estas son las centinelas que velan siempre sobre los muros de tu nueva Jerusalén; los montes que la cercan, las guardas que nos defienden. Son los ciudadanos de esa bienaventurada ciudad, nuestra madre, que Vos enviáis para bien de aquellos que han de ser

herederos de vuestra gloria, para que les acompañen en todos sus caminos. y defiendan de sus enemigos, y los amonesten y esfuercen, y ofrezcan sus oraciones delante el acatamiento de vuestra soberana Majestad. Con gran cuidado y vigilancia en todos lugares y en todas horas nos asisten y nos socorren y proveen en nuestras necesidades; y son medianeros solícitos entre Vos y nosotros, ofreciéndoos nuestros suspiros y gemidos, y alcanzándonos vuestra gracia y bendición.

Andan con nosotros por todos nuestros caminos, entran y salen con nosotros, considerando con grande atención la piedad y honestidad con que conversamos y con cuánta ansia y deseo buscamos vuestro reino y vuestra justicia, y con cuánto temor y pavor os servimos y nos alegramos en Vos. Ayúdanos cuando trabajamos; defiéndenos cuando reposamos; animánnos cuando peleamos; corónánnos cuando vencemos; compadécense cuando padecemos por Vos, y gózanse cuando nos

gozamos en Vos. Grande es el cuidado que tienen de nosotros, grande el afecto de su caridad. Y todo esto por honrar a aquella vuestra inestimable caridad con que nos amasteis; porque ellos aman a los que Vos amáis, y guardan a los que Vos guardáis, y desamparan a los que Vos desamparáis; aborrecen a los que obran mal, porque Vos los aborrecéis. Cuando hacemos bien, los Ángeles se alegran y los demonios se entristecen; cuando nos apartamos de la bondad, alegramos a nuestro enemigo, y privamos a vuestros Ángeles del gozo; porque ellos se gozan cuando el pecador hace penitencia, y el demonio cuando el justo vuelve atrás.

Pues, ¡oh Padre santísimo!, dadnos gracia para que estos santos Ángeles siempre tengan gozo por nosotros, y Vos por ellos seáis siempre alabado en nosotros, y con ellos vengamos a ser una manada y rebaño; y todos juntos os alabemos y glorifiquemos, como a criador de los Ángeles y de los hombres.

Cuando digo esto, Señor, yo os con-

fieso y alabo por este tan alto beneficio, y por habernos dado los Ángeles por guardas y tutores; pues con habernos dado para nuestro servicio todo lo que está debajo del cielo, como si fuese poco habéis añadido lo que está sobre los cielos.

Los mismos Ángeles, Señor, os bendigan por este vuestro favor, y todas vuestras obras os alaben, y todos vuestros santos os ensalcen; porque vuestro nombre es admirable en toda la tierra. ¿Qué cosa es el hombre, que así le engrandecéis y así le miráis con tan tierno corazón? Vos dijisteis que vuestro regalo es estar con los hijos de los hombres; pues ¿cómo es esto, Señor, siendo el hombre un poco de podre y un gusanillo, y toda vanidad sobre la tierra? Y siendo tal, ¿no tenéis asco de poner los ojos sobre él, y ponerlos con él a juicio?

CAPITULO 28

De la profunda predestinación y presciencia de Dios.

¡ Oh profunda sabiduría, que criasteis todas las cosas, y pesasteis con vuestro peso divino la grandeza de los montes y collados, y sustentáis con tres dedos esta gran máquina de la tierra! Yo os suplico humildemente que con estos tres dedos invisibles suspendáis la carga de este cuerpo, y me deis luz para que yo vea y conozca cuán admirable sois en toda la tierra.

Vos sois aquella luz antigua que resplandecisteis en los montes santos de vuestra eternidad ante toda luz; sois luz a la cual todas las cosas, antes que fuesen hechas, estaban desnudas; sois luz limpísima y purísima, que aborrece toda inmundicia y fealdad.

Pues siendo Vos tal, ¿qué regalo podéis tener con el hombre?, o ¿qué co-

municación puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿Qué puede haber en mí, que sea digno santuario de vuestra Majestad, para que, entrando en él, tengáis algún deleite? Porque la morada en que Vos habéis de morar muy limpia ha de ser, pues Vos sois una virtud purísima que limpiáis todas las cosas inmundas, y no podéis ser visto, y mucho menos poseído, sino de los corazones limpios. Y si esto es así, ¿qué templo o qué palacio tan limpio tiene el hombre en sí para poderos recibir en él?

¡Oh gobernador del mundo!, ¿quién puede limpiar al que fué concebido en pecado, sino Vos solo, que solo sois limpio? Porque lo que es sucio, ¿cómo podrá limpiar? Y según la ley que disteis a nuestros padres en el monte que humeaba y estaba cubierto de una nube caliginosa, todo lo que tocaba el que estaba inmundo quedaba inmundo. Pero todos nosotros somos como un paño manchado, y nacimos de una masa sucia y corrompida, y traemos en la frente la mancha de nuestra corrupción, la

cual no podemos encubrir, especialmente a Vos, a quien todas las cosas están descubiertas; y así, no podemos ser limpios si Vos, que solo sois limpio, no nos limpiáis. Vos limpiáis a aquellos que escogisteis para vuestra habitación, y con el sacratísimo y profundísimo juicio de vuestra incomprendible sabiduría, oculto a nosotros, pero siempre justo, sin merecimientos de ellos, habéis predestinado antes que hicieseis el mundo; y los habéis llamado del mundo y justificado en el mundo; y no hacéis esto con todos; de lo cual todos los sabios de la tierra quedan pasmados y fuera de sí.

Yo, Señor, cuando considero esto, tiemblo y quedo atónito, y conozco que no puedo llegar a comprender la alteza de vuestra ciencia y sabiduría, y aquel juicio de vuestra justicia con el cual de un mismo barro hacéis algunos vasos para que sean honrados, y otros para ignominia sempiterna.

A estos tales que Vos habéis escogido para Vos, y los hacéis vuestra morada,

los limpiáis, y derramáis sobre ellos agua limpia. Los nombres y el número de ellos Vos solo lo sabéis, que contáis la muchedumbre de las estrellas, y llamáis a cada una por su nombre. Estos tales están escritos en el libro de la vida y no pueden perecer; y todas las cosas, hasta los mismos pecados que hacen, finalmente les son de provecho; porque cuando caen no son quebrantados, porque Vos ponéis debajo la mano y guardáis todos sus huesos, de manera que uno de ellos no se quebrante.

Mas la muerte de los pecadores es malísima; los cuales antes que Vos hicierais el cielo y la tierra, conocisteis que habían de ser condenados en aquel abismo profundísimo de vuestros juicios, que, aunque sean secretos, siempre son justos. El número y los nombres y los desmerecimientos de los tales Vos los sabéis, que tenéis contadas las arenas de la mar y medida la profundidad del abismo, a los cuales habéis dejado en sus inmundicias; y todas las cosas son para su mal, y su misma oración se les

vuelve en pecado; y aunque hayan subido hasta el cielo y puesto su nido entre las estrellas, al fin se perderán, y serán menospreciados como estiércol.

CAPITULO 29

De los que primero fueron justos y después pecadores, o al contrario.

Grandes son estos vuestros juicios, Señor Dios, Juez justo y fuerte, que juzgáis siempre con justicia, y cuyos juicios son profundos e incomprensibles; los cuales considerando yo, todos mis huesos se estremecen. Porque no hay hombre vivo sobre la tierra que esté seguro; y esto para que os sirvamos con temor todos los días de nuestra vida, y nos alegremos en Vos con temblor, y el servicio que os hacemos vaya siempre acompañado con temor, y nuestro gozo con pavor. Ni el fuerte ni el flaco se pueden gloriarse en sí, sino que todos los

hijos de Adán tiemblan delante de Vos, porque no saben si son dignos de odio o de amor; y queda esto dudoso y encubierto a nosotros, hasta que se acabe esta nuestra peregrinación.

Muchos hemos visto, Señor, y oído decir de nuestros padres—lo cual no puedo referir sin grande espanto y dolor—, que habiendo primero subido casi hasta el cielo y puesto su nido entre las estrellas, después cayeron hasta los abismos, y sus almas desmayaron en los males. Visto hemos caer las estrellas del cielo, heridas del ímpetu de la cola del dragón; y a los que estaban en el polvo de la tierra subir maravillosamente, ayudados de vuestra mano. Visto hemos morir a los vivos, y resucitar a los muertos; y a los que estaban entre los hijos de Dios y en medio de las piedras preciosas, ser pisados como un poco de lodo y caer en gran confusión. Hemos visto oscurecerse la luz, y salir luz de las tinieblas, y los publicanos y mujeres pecadoras ir delante al cielo, y los hijos

del reino ser desechados y condenados a las tinieblas exteriores.

Y ¿por qué les sucede esto, Señor, sino por haberse engreído y desvanecido, y subido a aquel monte del Testamento, al cual primero subió el ángel, y del cual descendió demonio? Mas a los que Vos habéis predestinado, a éstos habéis llamado, y santificado y limpiado, para que sean digno templo de vuestra Majestad, con los cuales y en los cuales Vos os regaláis y deleitáis; y los alegráis y moráis con ellos, y los poseéis para que sean vuestro templo, que es grandísima honra y dignidad de nuestra naturaleza humana.

CAPITULO 30

Que el alma fiel es santuario de Dios.

Criasteis, Señor, nuestra alma con vuestra palabra, no de vuestra substancia ni de alguna materia elemental, sino de nada y criásteisla racional, inteltec-

tual y espiritual, y que siempre vive y siempre se mueve, y señalásteisla con la lumbre de vuestro rostro; y consagrásteisla con la virtud de la fuente bautismal, e hicísteisla tan capaz de vuestra Majestad, que sólo Vos y no otro alguno la puede henchir y hartar.

Cuando ella os tiene, está cumplido su deseo, y acá de fuera no tiene que desear; y cuando desea alguna cosa exterior, es señal manifiesta que no tiene a Vos interiormente. Porque cuando os tiene, no tiene más que desear; porque siendo Vos sumo y todo Bien, no tiene que desear más, pues posee a todo el bien. Y si no desea todo el bien, ha de desear otra cosa que no sea todo el bien; que, por consiguiente, no es el Sumo Bien ni Dios, sino pura criatura. Y cuando desea la criatura, necesariamente ha de padecer una hambre continua; porque aunque alcance lo que desea, queda siempre vacía, porque no hay cosa que la puede henchir, sino Vos que la criasteis a vuestra imagen y semejanza. Pero Vos henchís a aquellos que no desean

cosa alguna fuera de Vos, y los hacéis dignos de Vos, santos, bienaventurados, limpios y amigos vuestros; porque todas las cosas de esta vida las tienen por un poco de basura, por ganar a solo Vos.

Esta es la bienaventuranza que habéis dado al hombre; ésta es la honra con la cual le habéis sublimado sobre todas las criaturas, para que sea admirable vuestro nombre en toda la tierra. He aquí, Señor, Dios mío, sumo, inmenso y todopoderoso, que yo he hallado el lugar en el cual Vos habitáis; y éste es el alma, criada a vuestra imagen y semejanza, que a Vos solo busca y desea, y no la que no os busca ni desea.

CAPITULO 31

Cómo no se puede hallar Dios por los sentidos exteriores ni interiores.

Yo, como oveja descarriada, anduve perdido buscándoos por defuera, estando Vos dentro de mí; y trabajé mucho

buscándoos fuera de mí, y Vos morabais dentro. Rodeaba las calles y plazas de la ciudad de este mundo, buscándoos; y no os hallé, porque buscaba fuera lo que estaba dentro. Envié todos mis sentidos como criados míos para buscaros; y no os hallé, porque no os buscaba donde estabais. Ahora, ¡oh luz mía y Dios mío!, que me habéis alumbrado, ahora conozco que iba fuera de camino cuando por medio de ellos os buscaba; porque Vos estáis dentro y ellos no sabían por dónde habíais entrado.

Los ojos dicen: Si color no tuvo, no entró por nosotros. Los oídos dicen: Si sonido no tuvo, no pasó por nosotros. El olfato dice: Si olor no tuvo, por mí no pudo entrar. El gusto dice: Si sabor no tuvo, no entró por esta puerta. El tacto dice: Si no tiene corpulencia y tomó, no tienes que preguntarme. Y Vos, Dios mío, ninguna de estas cosas tenéis; porque cuando yo busco a mi Dios, no busco hermosura de cuerpo, ni lindeza de tiempo, ni resplandor de luz, ni color, ni melodía de dulces voces, no

olores de flores ni de unguentos ni de especies aromáticas, no miel, no maná, ni cosas sabrosas al gusto o deleitables al tacto, ni otra cosa alguna que esté sujeta a nuestros sentidos: estas cosas, Señor, que hasta los brutos animales las perciben, no caben en Vos.

Y con todo eso, cuando busco a mi Dios, busco una luz que es sobre todas las luces, y tal, que el ojo no la comprende; busco una voz sobre todas las voces, que no percibe el oído; busco un olor sobre todos los olores, del cual no es capaz el olfato; busco una dulzura sobre todas las dulzuras, que excede todo gusto, y un abrazo sobre todos los abrazos, que el tacto no comprende. Esta luz resplandece donde no hay lugar; ésta voz suena donde no hay aire que la arrebate; este olor huele donde no hay viento que lo derrame; este sabor consuela y sustenta donde no hay glotonería; este abrazo se toca donde no hay quien le aparte ni impida. Este es mi Dios, y esto busco cuando a mi Dios busco: esto amo cuando a mi Dios amo.

¡Qué tarde os amé, hermosura tan antigua y tan nueva!, ¡qué tarde os amé! Vos estabais dentro, y yo fuera; y en las cosas de fuera os buscaba, y me entregaba en estas cosas hermosas que Vos hicisteis, y entregándome en ellas, me paraba yo feo. Vos estabais conmigo, y yo no estaba con Vos; aquellas mismas cosas me apartaban de Vos, que no pueden tener ser sino en Vos; iba al derredor de todas las cosas buscándoos, y por todas ellas os dejaba. Pregunté a la tierra si era mi Dios, y díjome que no, y todas las cosas que hay en ella dijeron lo mismo. Pregunté a la mar y a los abismos, y a todos los animales que hay en ellos, y respondiéronme: No somos tu Dios; búscale sobre nosotros. Pregunté al aire y a todas las cosas que moran en él; y confesó y dijo: No soy yo tu Dios. Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas, y también me dijeron: No somos tu Dios. Y, finalmente, pregunté a todas las cosas que están fuera de mí, y pedí que me diesen nuevas de mi

Dios; y todas a grandes voces dijeron: Él nos ha criado.

Pasé adelante, y pregunté a esta máquina del mundo: Dime, ¿eres tú mi Dios o no?, y respondiome con una voz sonora: No soy yo, mas por Él soy yo; el que buscas en mí, Ése es el que me hizo; búscale sobre mí, que Él es el que me rige y el que me fabricó.

Esta pregunta a las criaturas es una profunda consideración de ellas, y la respuesta de ellas es una testificación que ellas hacen de Dios; porque todas claman: Dios nos hizo, Dios es nuestro hacedor; porque, como dice el Apóstol, las cosas invisibles de Dios son conocidas del hombre por medio de las cosas visibles que Él crió.

Yo torné y entré en mí, y dije a mí mismo: ¿Tú quién eres?, y respondiome: Hombre racional y mortal. Comencé a examinar lo que era esto, y dije: Señor Dios mío, ¿de dónde ha venido este tal animal?, ¿de dónde tuvo principio sino de Vos, que me hicisteis, que yo no me hice? Pues ¿quién sois Vos? Vos sois

aquella vida por la cual yo vivo, y todas las cosas viven. ¿Quién sois Vos? Vos, Señor mío, sois Dios verdadero y solo todopoderoso, eterno, incomprendible e inmenso, que siempre vivís, y ninguna cosa muere en Vos; porque sois inmortal y habitáis en la eternidad. Sois maravilloso en los ojos de los Ángeles, inenarrable, inescudriñable e innominable; sois Dios vivo y verdadero, terrible y fuerte, sin principio y sin fin, y principio y fin de todas las cosas. Sois antes que fuesen todos los siglos, y ante todos los principios de los siglos; sois Dios y Señor de todo lo bueno, que nos criasteis. En Vos están todas las cosas estables y mudables, y los principios inmutables de las cosas que se mudan, y las razones de todas las cosas racionales, e irracionales y temporales, que sempiternamente viven en Vos.

Pues decidme, Dios mío; decid, Señor, a este humilde siervo vuestro, decid, misericordioso, a este miserable, ¿de dónde tuvo principio este animal sino de Vos? ¿Puede por ventura alguno hacer-

se a sí mismo?, ¿o puede tomar de otro que de Vos el ser y el vivir? ¿No sois Vos el Sumo Ser, del cual procede todo ser? Todo lo que tiene ser, lo tiene de Vos; sin el cual no hay sino nada. ¿No sois Vos la fuente de vida, de la cual mana toda vida? Todo lo que vive, vive por Vos, y sin Vos no hay cosa que viva. Pues luego, Señor, Vos hicisteis todas las cosas, y así no tengo que buscar quién me hizo; porque Vos me hicisteis, y sin Vos ninguna cosa se hizo. Vos sois mi Hacedor y yo obra de vuestras manos. Os doy gracias, Señor Dios mío, por el cual yo vivo y todas las cosas viven, porque me hicisteis; os doy gracias, formador mío, porque vuestras manos me formaron y amasaron; os doy gracias, luz mía, porque me alumbrasteis, y con vuestra luz yo os hallé, y me hallé. Cuando me hallé, me conocí; donde os hallé, ahí os conocí, y cuando os conocí, entonces me alumbrasteis.

Pero ¿qué es lo que digo que os conocí? ¿No sois Vos, Señor, Dios incomprendible e inmenso, Rey de los reyes

y Señor de los señores, que solo sois inmortal, y moráis en una luz tan inaccesible, que ningún hombre la ha visto ni la puede ver? ¿No sois Vos Dios escondido y de tan grande majestad, que no se puede escudriñar? Vos solo perfectamente os conocéis, y sois admirable contemplador de Vos mismo; pues ¿quién conoció lo que nunca vió? Vos mismo dijisteis en vuestra infalible verdad: *No me verá hombre que vive*; y vuestro evangelista también dijo que: *Ninguno jamás vió a Dios*; y vuestra misma Verdad también dijo: *Ninguno conoció al Hijo sino al Padre; ni al Padre sino al Hijo*. Sola vuestra santa Trinidad, que trasciende todo sentido, perfectamente se conoce a sí misma.

Pues ¿por qué yo, hombre vano y semejante a la vanidad, dije que os había conocido? ¿Quién hay que os conozca a Vos, sino Vos? Vos solo en las santísimas y divinísimas Letras sois llamado Dios todopoderoso sobre todo loor, y sobre toda gloria sobreensalzado, y altísimo sobre toda excelencia, y sobre to-

da esencia inteligible, intelectual y sensible, sobre todo lo que hay en el cielo y en la tierra, y esto de una manera incomprensible e inenarrable. Porque con vuestra divinidad oculta y sobre-esencial y sobre toda razón, entendimiento y esencia, habitáis en Vos mismo, como una luz inaccesible y una lumbre incomprensible e inefable, a la cual ninguna lumbre pueda llegar. Porque ni se puede contemplar esta luz, ni ver, ni entender, ni comprender, ni llegarse a ella, ni mudarse, ni comunicarse; sino que sobrepuja la más aguda vista, no solamente de los hombres, sino también de todos los Angeles.

Este es vuestro cielo, Señor; el cielo que encubre vuestros secretos, cielo sobreinteligible e inconmutable, y lumbre sobre-esencial, del cual se dice: *El cielo del cielo para el Señor. Cielo del cielo*, en cuya comparación todo el cielo es tierra, porque admirablemente está levantado sobre todo el cielo, y el mismo cielo empíreo es tierra; y es cielo del cielo *para el Señor*, porque Él solo le

conoce. Al cual cielo ninguno sube sino el que desciende del cielo, porque ninguno conoce al Padre sino el Hijo y el Espíritu Santo, que procede de ambos; y ninguno conoce al Hijo sino al Padre y el Espíritu Santo. Vos sola, ¡oh santa Trinidad!, os conocéis, que sois Trinidad santa, admirable, totalmente inefable, invisible, incomprensible, ininteligible y sobreesencial, y excedéis todo sentido y razón y entendimiento e inteligencia y esencia de los espíritus celestiales; la cual no es posible conocerse, decirse ni pensarse aun de los mismos Ángeles.

Pues ¿cómo, Señor altísimo sobre todo el cielo, os conocí yo, a quien ni Querubines ni Serafines pueden perfectamente conocer? Antes con las alas de su contemplación cubren el rostro del que está sentado sobre el trono excelso y levantado; y ellos claman, y con voz de profundísima humildad y alabanza dicen: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos; llena está la tierra de su gloria. Asombróse el profeta, y dijo:

¡Ay de mí que callé, porque soy varón que tiene los labios sucios! Mi corazón se pasmó, y dijo: *¡Ay de mí, que no callé!,* porque soy hombre que tengo sucios los labios, y dije que os conocí. Mas, Señor, ¡ay de aquellos que callan de Vos, porque sin Vos los parleros son mudos! Y yo, señor Dios mío, no callaré, porque me habéis hecho y me habéis alumbrado, y yo me he hallado y os he conocido.

Pero ¿cómo os he conocido? He conocido a Vos en Vos. No os he conocido de la manera que Vos os conocéis y sois en Vos; mas os he conocido de la manera que sois para mí, y esto no sin Vos, sino en Vos; porque Vos sois la luz que me habéis alumbrado. Porque de la manera que Vos sois, Vos solo os conocéis; pero de la manera que Vos me comunicáis vuestra gracia, de ésa os puedo yo conocer. Mas ¿qué sois Vos para mí? Decídmelo, Señor mío y misericordia mía, decid a este vuestro siervo qué cosa sois para mí; decid a mi alma: *Yo soy tu salud.* No escondáis

de mí vuestro rostro, porque si le escondéis me moriré. Y aunque yo sea un poco de polvo y ceniza, dadme licencia para que yo hable delante de vuestra misericordia, pues es tan grande para conmigo. *Hablaré a mi Dios, con ser polvo y ceniza.*

Decidme, bien mío; decid a este miserable, por vuestra gran piedad, ¿qué sois para mí? Vos, con un trueno espantoso y sonoro penetrasteis el interior oído de mi corazón, y rompisteis mi sordera; y yo oí vuestra voz, y vi vuestra luz, y conocí que Vos sois mi Dios; y por esto dije que os conocí, porque conocí que erais mi Dios: os conocí Dios solo y verdadero, y a Jesucristo, que enviasteis a este mundo por mí.

Tiempo fué cuando no os conocí. ¡Desventurado tiempo, y triste aquella ceguera cuando no os veía ni os conocía! ¡Miserable sordera, cuando no oía vuestras voces! Ciego y sordo era yo y me derramaba por todas estas criaturas hermosas que Vos criasteis; y Vos estabais conmigo, y yo no estaba

con Vos; y aquellas mismas cosas me apartaban de Vos, que no tenían otro ser sino el que tienen en Vos. Alumbrásteisme Vos, luz del mundo, y yo os vi, y os amé: porque ninguno os ama sino el que os ve; y ninguno os ve sino el que os ama. Tarde os amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde os amé. ¡Desdichado el tiempo en que yo estaba lejos de este amor!

CAPITULO 32

Confesión de la verdadera fe.

Gracias os doy, luz mía, porque me alumbrasteis, y yo os conocí; os conocí criador del cielo y de todas las cosas visibles e invisibles, Dios verdadero, todopoderoso, inmortal, invisible, interminable, eterno, inaccesible, incomprendible, inconmutable, inmenso, infinito, principio de todas las criaturas visibles e invisibles; por el cual todas las cosas son hechas, y todos los elementos perse-

veran en su ser, cuya Majestad, así como nunca tuvo principio, así jamás tendrá fin.

He conocido a Vos, un solo Dios verdadero, Padre Eterno, Hijo unigénito y Espíritu Santo, tres personas y una esencia, y una simplicísima e indivisible naturaleza. En la cual el Padre no procede de ninguno, y el Hijo de sólo el Padre, y el Espíritu Santo juntamente procede del Padre y del Hijo; sin principio siempre y sin fin, un Dios trino y uno, solo y verdadero Dios omnipotente, un principio y criador de todas las cosas visibles e invisibles, espirituales y temporales, que con vuestra omnipotente virtud, en el principio del tiempo criasteis de nada la una y la otra criatura, la espiritual y la corporal, la angélica y la mundana, y después la humana, como compuesta de cuerpo y de espíritu. Os conocí, y confieso que sois Dios Padre, no engendrado; y Vos, Hijo, que sois engendrado del Padre; y Vos, Espíritu Santo, que no sois ni engendrado como el Hijo ni no engendrado como el Pa-

dre; y que sois una santa e individua Trinidad en tres personas, en todo iguales, y consubstanciales y coeternas, Trinidad en unidad y unidad en Trinidad. Con el corazón creo esto para ser justificado, y con la boca lo confieso para ser salvo.

Os reconozco por verdadero Dios y Señor nuestro a Vos, Jesucristo, unigénito Hijo de Dios, criador, salvador y redentor mío y de todo el linaje humano, y confieso que fuisteis engendrado del Padre ante todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero; no hecho, sino engendrado, consubstancial y coeterno al Padre y al Espíritu Santo; por el cual al principio todas las cosas fueron hechas. Y firmemente creo y verdaderamente confieso que Vos, Dios y unigénito del Padre, Jesucristo, encarnasteis por virtud de toda la santa Trinidad para salud del hombre, y que por obra del Espíritu Santo fuisteis concebido en las entrañas purísimas de la perpetua Virgen Ma-